Amor y Esperanza

Periódico — Parroquial — Quincenal

Año III | Alhama de Murcia, Domingo 14 de Febrero de 1926 | Núm. 49

OFRENDA DE AMOR

Timbre de gloria para Alhama de Murcia, es el esplendor de sus tradicionales fiestas religiosas, manifestación sublime de su piedad y de su fe. De esa fe, de ese ideal que es luz para las inteligencias, calor para los corazones y fragua misteriosa donde se forjan los grandes heroísmos, que salvan y engrandecen a los pueblos haciéndoles elevarse impávidos y serenos, al cenit de la grandeza y de la gloria.

Todavía hay fe en el pueblo, todavía hay fervor y entusiasmo religioso, que no ha podido arrancar de su corazón la impiedad moderna. Y esa luz misteriosa que ilumina la mente y las conciencias de los hombres no se ha extinguido todavía; más o menos eclipsada por las sombras del error y del vicio, volverá a brillar resplandeciente, en el firmamento de los espíritus, esparciendo en su derredor, divinos fulgores.

Dígalo si no el Triduo Eucarístico, que con tanto esplendor se viene celebrando todos los años, en esta Parroquia, durante los tres días de Carnaval, y que entre todas sus festividades religiosas, obtiene ésta la Supremacía, por la majestuosidad y pompa que en ella se despliega.

Es a Jesús Hostia a quien se rinde ese homenaje de adoración y de amor, y nunca serán bastantes las alabanzas que se le tributen. *Quia major omni laude, nec laudare sufficit*, como canta la Iglesia.

Espectáculo grandioso es el que nos ofrece la religiosidad del pueblo de Alhama en la tarde de los días de Carnaval. Allí el espíritu se eleva, al par que se doblan las rodillas ante el altar del Sacramento.

Allí el alma se extasía en la contemplación de lo divino.

Allí todos los corazones, se funden en uno solo, caldeados por el fuego del amor infinito.

Allí las inteligencias, iluminadas por la misma luz, luz inextinguible, eterna, que brota de la Hostia Santa porque en ella se encierra el sol eterno de la Verdad de la santidad y la justicia.

Allí todos los labios murmurando una oración que se eleva hasta la altura, envuelta en los fantásticos espirales del aromático incienso, para que llegue hasta el trono de Dios, en olor de suavidad, como canta el real profeta.

Allí es donde se cumple ese lema, el más glorioso de la religión de Cristo, y que pretende hacer suyo la impiedad contemporánea: *Caridad, fraternidad, igualdad.*

Y cuando contemplo todo esto, entusiasmado, de que un pueblo en estos tiempos de cobardías y deserciones vergonzosas, en que no se tiene el suficiente valor, para confesar un ideal, da estas señales de su fe y de su vitalidad religiosa, veo confirmado lo que dijo un profundo pensador. El hombre y los pueblos son tanto más grandes, cuanto más se abaten y se postran ante el Dios de los altares.

Esta es la ofrenda de amor, que Alhama entera tributa a Jesús Sacramentado, en el Triduo Eucarístico de los días de Carnaval, y una de sus tradiciones más gloriosas.

Honor y gloria al Rey inmortal de los siglos. D. V. R.

RUBENS

Rodeado de carrascales y en medio de un paisaje netamente manchego se halla el balneario, destacándose, como arrancado del fondo de la salitrosa laguna, un hotelito suizo ceñido de acacias y rosales. Aquí se elevan majestuosos y erguidos, como guardas vigilantes, algunos grupos de chopos; allí regueros que se deshacen entre peñascales y chapotean en pozas clarísimas, rindiendo, por fin, tributo al anchuroso embalse; allí y aquí, añosas carrascas, casas de labriegos, palomas azuladas, sembrados rubios como el oro, destacándose, entre todo, las agujas, de estilo gótico, de la capilla y el hotel, aquel hotel gallardo con sus torretas de pizarra y su terraza encantadora.

El dueño, amable en extremo, me condujo con exquisita finura por todas las dependencias. Para todo hube de tener palabras de encomio, bien merecido por cierto.

—He guardado para lo último, lo mejor, y para la postre, lo mejor de lo mejor.—Me dijo cuando entrábamos en la capilla.

Y en verdad: todo, en ella, era rico y precioso. Nos arrodillamos, orando brevemente, y después, fuéme mostrando todo, a lo que no pude por menos que hacer justas apreciaciones de encarecimiento. Por fin y, como quien pretende sorprender con algo extraordinario, me dijo entre jovial y enfático: «¡Ahora, aquí!»

Dirigí la vista hacia el sitio donde me indicaba y contemplé un cuadro de regulares dimensiones que cubría uno de los lados del altar.

Confieso ingenuamente que para mí mirar un cuadro es como mirar a las estrellas, que siempre encuentro el cielo lo mismo, aun cuando una y otra cosa tengan modalidades infinitas; pero en fin, el cuadro me impresionó porque el asunto era bello en extremo: Sobre el retrato del mismo retablo, a cuyo lado estábamos, un sacerdote que celebra el Santo Sacrificio, en el momento de la elevación; los fieles de rodillas; de la Sagrada Hostia brotando unas gotas de sangre, y, de la herida, un rayo de luz vivísima que venía a quebrarse en la frente de un joven que parecía llorar.

Mi fino huésped me tendió la mano y sin esperar a que le preguntase comenzó: «Era el año...; siempre me será grato su recuerdo. Entre los bañistas había de todos los gustos y de todos los genios: viejos fosilizados, achacosos que de todo renegaban; jóvenes empaquetados en trajes de playa blanquísimos, émulos de los veraneantes del Sardinero; niños de caras risueñas y bulliciosas. Pero destacándose entre todos